

## LOS GRUPOS PROFESIONALES, EL NARCISISMO Y LA TOLERANCIA A LO FEMENINO

Georges Gaillard\*

Escasos son los encuentros iniciales entre un participante exterior y una institución en los cuales los equipos no remarquen sus diferencias: “¡Aquí, usted sabe, es muy diferente de lo que pasa en otras instituciones...!” dirá uno u otro de los profesionales, o más frecuentemente uno de los responsables jerárquicos. Cualquiera sea el motivo de la intervención (negociación en vistas de un análisis de la práctica, de una regulación institucional, o más comúnmente, una perspectiva de formación continua, etc.) ese discurso insiste. Durante aquellos momentos que inauguran una serie de encuentros, los profesionales buscan asegurarse que el interviniente (el participante externo) va a escucharlos en su singularidad, en su especificidad, que sus deseos no serán confundidos con cualquier configuración institucional que éste habría podido encontrar a lo largo de sus relaciones anteriores. Podríamos decir, una manera de indicar lo que del vínculo se encuentra infaliblemente solicitado en el registro libidinal. Estamos acá frente a la convocación de la ilusión necesaria al vínculo: esta ilusión que permite a los profesionales consentir una relación. Esta última busca resaltar para el grupo un estatus en la diferencia (o más radicalmente, un estatus en la excepción), en condiciones de alimentar o de restaurar lo narcisista grupal e institucional: este narcisismo amenazado de manera incesante en el encuentro con los “sujetos” de los cuales se ocupan estas mismas instituciones.

Toda institución participa en/de la infinita diversidad de las formas de los seres vivos. Reivindica su identidad a partir de lo que considera como transformación y creatividad actuada (creatividad puesta en discurso y puesta en acto a través de los dispositivos y de las tomas en cargo), y en su participación del

---

\* Psicoanalista. Catedrático del Centro de Investigación en Psicología y Psicopatología Clínica. Universidad Lumière Lyon 2. Francia. georges.gaillard@orange.fr  
(Traducción del francés al español de Ofelia Neyra).

“trabajo de lo humano” y de la “civilización de la pulsión” de la *Kulturarbeit* (Freud, 1933; Zaltzman, 1988). A través de esta dinámica el narcisismo grupal emerge y se (re)genera. La creatividad puede desde ahí entenderse como participación de la existencia, como manera de “poner su marca”, y de hacer obra a beneficio del otro, a beneficio de los diferentes usuarios afectados por los cuidados o por el acompañamiento, y de manera conjunta a beneficio del grupo profesional mismo. Con ello, reasegura que su propia *destruictividad* no ha sido (por un tiempo) satisfecha.

*En el origen de la institución, como de la civilización, estaría la culpa. La institución tomaría forma de represión de una destructividad fundamental, constitucional, propia al ser humano. Resultado de la hostilidad reprimida hacia el padre, el otro, o sí mismo, busca no saber nada de este origen.*” (Assoun, 1991, p. 95).

Para pensar la complejidad de la obra en estas configuraciones institucionales, debemos considerar que estas se colocan bajo la primacía de Tánatos (Enriquez, 1987), y a partir de ahí, explorar los “bricolajes” que permiten a los profesionales ser capaces de hacer fracasar este trabajo de la muerte (desligazón mortífera o collages que confunden). Esto nos va a conducir a poner el acento más específicamente en el narcisismo grupal (narcisismo tan indispensable al grupo como para todo sujeto). Para que ese narcisismo se haga “suficientemente temperado”, no hay otra vía que aperearse a la tarea primaria. Pero un tal movimiento supone que el grupo (de los profesionales) se preste a la desligazón y tolere un lugar para *lo femenino*, accediendo al placer de obrar juntos y/o pensar juntos.

Para comprender este registro del ser, conviene recordar que los dos sexos concuerdan alrededor del “rechazo de lo femenino” (Freud, 1933; Schaeffer, 1997); “*lo femenino*” constituye eso frente a lo cual ellos se quejan. Conciérne en efecto la capacidad de “estar deshecho”, el consentimiento a “ser impactado”, sin que la amenaza de disolución haga arder una imaginaria y mortal castración donde tiende entonces a alojarse un fantasma de violación asesina.

El consentimiento a *lo femenino* permite ligar, fijar la violencia mortífera en la cual lo arcaico no cesa de hacerse presente, y al irse, de parar la carga de destructividad. Basta “uno” (al menos) quien, al exponerse a soportar el odio (en sus innumrables metamorfosis), autoriza “al usuario” a tomar el riesgo de un reposo suficientemente confiado en el vínculo con otro que está vivo; vínculo a partir del cual el sujeto que sufre puede tomar el riesgo de una trans-

formación de sus apegos. Sin embargo, un tal reposo confiado supone una escapada momentánea de la primacía de lo fálico. *Lo femenino* se constituye en un anudamiento a lo fálico al que sirve de escriño, de cofre, y en eso hace pedazos a la incesante intención hegemónica de la reivindicación fálica. Sólo hay que pensar en el reposo del guerrero que le corresponde al final de cuentas.

### La emergencia conjunta *del padre* y de *lo femenino de ligazón*

Conviene precisar que esta emergencia de *lo femenino de ligazón* supone la constitución simultánea de una instancia donde se hace presente algo “*del padre*” sobre la cual el sujeto (el profesional, el grupo de profesionales) se respalda. Esta instancia se refiere al encuadre institucional y al meta-organizador edípico<sup>2</sup>.

Esclarecer esta articulación entre el registro de *lo femenino de ligazón* y la referencia a lo *del padre* requiere visitar de nuevo el mito freudiano de *Tótem y tabú*. El pacto originario del cual emergen los machos de la horda como sujetos diferenciados ocupa un lugar a partir de la renuncia de cada uno de los hermanos a tomar el lugar del padre. Este sitio se indica como representante del lugar de origen, y abre la temporalidad develando el horizonte de la muerte.

El júbilo en su óptica globalizante se vuelve el privilegio del padre “originario” (Ur Vater) y se marca del sello de la muerte. La renuncia a la violencia (de todos contra todos) conlleva el reconocimiento de una pertenencia al clan, cada uno habiendo ingerido algo “del padre” y poniéndose bajo la égida de un mismo tótem (alianza sincrónica). En este mito de una primera renuncia compartida se unen la renuncia al asesinato y al incesto (abstinencia). Las hembras de la horda toman entonces caras de madres, hijas, hermanas. En este movimiento *lo femenino* se hace presente como *femenino de ligazón*. Para los hombres del clan se hace, en efecto, la promesa de una ligazón, de un apaciguamiento de la tensión deseada en un júbilo *a llegar*. Encarna el eje diacrónico, donde se levanta la violencia fálica, esa violencia potencialmente predatora, asesina, incestuosa y fratricida. Bajo el signo del tabú donde se indica la referencia a la comunidad totémica, cada uno va a tener que buscar y conquistar el júbilo (legítimo) fuera del clan. Desde entonces, el futuro se despliega y el tiempo se transforma en historia.

---

2 Seguimos en este punto los trabajos de José Bleger (1979,1987) y de René Kaës (1996, 1999, 2009).

Aceptar diferir la satisfacción pulsional, aceptar la abstinencia, es interiorizar *lo femenino* como promesa de júbilo y de un reposo por llegar, e interiorizar conjuntamente *lo del padre* como anuncio de la generación. *El padre y lo femenino de ligazón* emergen uno del otro, uno por el otro.

### La institución y el llamado al síntoma

Regresemos por ahora al proceso transformacional, al trabajo “creativo”, aspirado por un grupo de profesionales. En el mejor de los casos, este trabajo participa de una focalización de los usuarios y se realiza a través del cargo del cuidado, del acompañamiento. Y de los dispositivos requeridos para esta toma en cargo de los sujetos implicados (a partir de algunos síntomas).

Estas instituciones constituyen un *llamado a lo negativo*, un llamado a sujetos que son especificados por otros (y se especifican a veces ellos mismos), a partir de algunos síntomas (trastornos somáticos, psíquicos, actuaciones). Prefiguran un trabajo de transformación y de sentido para los síntomas particulares que se han dado como objetivo de acoger y de tratar. Estos síntomas determinan la tarea primaria, como ocurrió en un Instituto Terapéutico Educativo y Pedagógico que como su nombre lo especifica, se dirige a los niños que presentan trastornos (más o menos graves) del carácter y de la personalidad, igual como un servicio de oncología que se define en su apelación misma a partir del síntoma “canceroso” que es la tarea a tratar. Si seguimos enumerando es fácil ver que el conjunto de instituciones encuentran visibilidad en la escena social a partir de o de los síntomas a los que se dirigen.

El síntoma como compromiso identificatorio (Freud, 1924, Aulagnier, 1975) es la actualización de un punto de des-subjetivación, la emergencia y la figuración de partes no ligadas de la subjetividad y de sus vínculos grupales (revelando en sus componentes diferentes registros intra, inter y transpsíquico). A través de la repetición, el síntoma permanece a la espera que haya uno que se ponga en la posición de escucharlo, acogerlo, humanizarlo. La existencia de una institución que acoge, nombra este síntoma y se preocupa por él, conlleva de hecho su reconocimiento y entonces lo inserta en la red de un sentido potencial.

En las instituciones, los sujetos en “demanda” de ayuda están —masivamente— expuestos a la *compulsión de repetición*. Esta repetición que el sujeto, su grupo de pertenencia (familia) y las instancias de socialización (escuela, etcétera) no logran resolver, es lo que provoca que tomen contacto con las

instituciones de ayuda y de trabajo social. Muchas veces el cuerpo social funciona en relevo de la demanda a partir de la estigmatización de un “comportamiento perturbador”, de una destructividad (interna o externa) que los diferentes actores no logran contener más. Los profesionales que buscan encargarse de ese público se confrontan a un incansable retorno de los diferentes síntomas a nivel de los sujetos particulares que acogen. Así cuando esos síntomas se vuelven abrasivos a nivel individual no cesan de inscribirse de nuevo a través de individuos diferentes, de los nuevos que llegan o los que van a venir en el lugar de los que dejan la institución. Sujetos singulares reemplazan a otros sujetos singulares, pero para la institución y para los profesionales, el síntoma no termina de cambiar de cara, de declinarse en infinitas variantes.

Siguiendo a Freud (1909, 1920) sabemos que esta compulsión está en parte ligada con la angustia y con la pulsión de muerte. Por los efectos de número y la renovación constante de sus efectivos, esos síntomas que caracterizan sujetos singulares aparecen al nivel de las instituciones como algo perenne. Los profesionales tienen así, en las manos, las actuaciones de la pulsión de muerte, bajo la forma de lo que no cesa de inscribirse y de repetirse.

*Lo que queda incomprendido regresa: como un alma en pena, no tiene reposo hasta que encuentre solución y liberación* (S. Freud, 1909, p. 180).

De ahí que podamos afirmar que *la institución se construye como un verdadero dispositivo, caracterizándose en su capacidad de componer con / y a someterse a la compulsión de repetición*. Se perfila así una característica esencial de las instituciones y del trabajo psíquico: la obligación de componer con la pulsión de muerte, que reviste la forma de la obligación de admitir fuertes cantidades de excitaciones no ligadas.

### **La actividad de ligazón requerida**

Esto da a entender la actividad de ligazón requerida: en acto y en pensamiento. Una actividad que se despliega dentro de las instituciones aparece de hecho como de ligazón y/o de diferenciación simbolizante. Se desarrolla ahí una escenificación (en acto) y /o una puesta en representación, una puesta en pensamiento transformacional. La institución se constituye como un espacio potencial donde Tánatos puede actuar sus excesos (exceso de desligazón mortífera, exceso de ligazón confusional) y donde las configuraciones sufridas se encuentran en potencialidad de tramarse de una manera nueva.

Las actuaciones de Tánatos están de alguna manera, siempre ligadas al registro de lo arcaico. Del lado de la radicalidad de la desligazón mortífera se encuentra el registro de las actuaciones asesinas ; del lado de la confusión mortífera tenemos a la figura paradigmática del incesto (ahí donde *lo femenino* está confundido con lo maternal arcaico).

### Creación de una institución y polaridad femenina

A propósito del acto de fundación (de creación) de una institución acordémonos que se constituye alrededor de una “situación mortífera” que es considerada (interpretada) tanto bajo un registro de demanda *implícita* como de un llamado. El que será fundador se pone entonces en el lugar del destinatario. En este movimiento, se ofrece como lugar de acogida en el cual la violencia va a ligarse. Se hace vector de esos aspectos “fálicos narcisistas y mortíferos” de la pulsión. Se presta como espacio capaz de resistir a los asaltos de la des-subjetivación, de ese trastorno del vínculo.

Es así que el Instituto Educativo y Pedagógico, fue fundado treinta años atrás por un cura escandalizado, a raíz de una pelea de un sábado por la noche entre los jóvenes de su parroquia. Esa noche, la rivalidad fálica concluyó con una cuchillada mortal. Este hombre afectado por el “drama” expresará un “¡*Nunca más esto!*” fundador, y se volcará desde ese momento a “civilizar” directamente esta pulsión asesina, ocupándose así de los jóvenes “violentos”.

La estructura y el conjunto de los dispositivos que este fundador (y el grupo fundador movilizadо alrededor de ese proyecto “reparador”) tendrán como objetivo pacificar, (véase) erradicar, ese síntoma. Treinta años más tarde la “violencia mortífera” encuentra su eco en la designación por el Otro social de: “trastorno de la personalidad” (comportamiento que orienta a los jóvenes y los conduce a tomar su lugar en esa institución), y el trabajo de “cultura” continua. Los nuevos dispositivos componen nuevas variaciones según los modos ambientes de SESSAD (Servicio de Apoyo y de Ayuda a Domicilio), con apoyos secuenciales, ahí donde hasta hace poco había un importante internado semanal.

### Hacer fracasar a Tánatos

#### Eje de la violencia y actividad de simbolización

Los equipos profesionales (las instituciones) permanecen vivos cuando pueden lograr integrar lo arcaico y la violencia que está ligada a él.

Dos procesos concurren de manera central a la *fijación*, al apaciguamiento:

- Uno concierne a la parte de violencia mortífera que el grupo logra (cíclicamente) “fijar”, consintiendo ser maltratado, y que se actúa en el encuadre y en el vínculo. Para que ese consentimiento suceda, el grupo, de manera simultánea, debe disponerse a producir una actividad de simbolización (en acto y/o en pensamiento). A partir de tal actividad de simbolización el narcisismo logra mantenerse y regenerarse.
- El otro proceso que concurre a esta “fijación” (neutralización) concierne a la capacidad de un grupo institucional a ritualizar el conflicto al interior o a poner en escena su conflictualidad propia (Gaillard, Pinel, Diet, 2009). Conviene aquí recordar que la ritualización del conflicto está en la base de la democracia. La “diferencia” encuentra así un lugar donde anunciarse, un espacio donde desplegarse, sin que la rivalidad “fállica narcisista y mortífera” amenace la integridad de los espacios y vínculos.

Cuando el grupo no logra actuar (ritualmente), fijar al interior una parte de la violencia mortífera, vía la tarea primaria, entonces esta última busca una víctima, según la modalidad del expiatorio designado (Girard, 1982). Retorna en el grupo a través de diferentes profesionales o de funciones específicas que se vuelven los “destinatarios”. No queda más que cumplir el sacrificio, en el altar de la cohesión grupal, así no será la institución misma la que haga implosión o explote.

Esos diferentes destinos de la destructividad permiten subrayar dos modalidades centrales de simbolización en función de la tarea primaria.

- Hay instituciones cuya parte de creatividad y narcisismo se viven *preferencialmente* a partir del acto. Esos lugares obran bajo la primacía del cuidado somático bajo una vertiente curativa.
- Y otras donde se viven *preferencialmente* a partir de un trabajo de reanudación vía un trabajo de pensamiento elaborativo: los servicios de cuidado psíquico, educativo, etc.

### Una simbolización en acto: el cuidado somático

En ciertos lugares la puesta en sentido se opera ampliamente bajo un modo operatorio, sin que por ello el grupo se desagregue. Hay entonces que reconocer

que la simbolización se cumple mediante el acto: esos lugares obran bajo la primacía del cuidado somático y bajo una vertiente curativa, otros buscan proteger lo viviente de la desligazón mortífera de la enfermedad. El solo hecho de trabajar en presencia de una amenaza letal (bajo la forma de enfermedad, de un daño corporal accidental, etc.), da forma a la violencia mortífera, la que transita por el grupo de profesionales bajo el aspecto destructor de la enfermedad. Por este movimiento el grupo se (re) narcisiza a partir de batallas habidas y algunas veces ganadas contra la enfermedad (remisiones, progresiones, curas, etc.). En este campo de lo somático el “enemigo” es (la mayoría de veces) identificado, y permite perennizar la investidura de los curadores, en la medida en que el acto de cura sea encuadrado y percibido como participando a la salvaguardia y a la perpetuación de la vida.

Cuando el cuidado no logra fijar más esta violencia mortífera —sobre todo en el caso en que muchas muertes en un servicio sean mayores que las remisiones y las curaciones, y esto, en un contexto donde estas últimas son esperadas en un número más importante— el proceso degenera en crisis.

Todo “nuevo protocolo” de cuidado, todo acto médico nuevo puede ser investido por el grupo de los que dan la atención (médico y para-médico), con un registro narcisista, y pueden justificar la violencia de los tratamientos y de las diferentes operaciones en las cuales el cuerpo del paciente va a ser el centro del lugar, más aún si algún resultado tangible valida la pertenencia, legitimándose la violencia.

Notemos de paso que esta focalización funciona mejor si en las personas que componen el equipo se encuentra un “psiquista” (a pesar de que es imaginariamente puesto fuera del grupo de los “curadores”). La tarea que le concierne a éste es la de “llevar” en el grupo una preocupación de la vida psíquica de los sujetos.

### **En los servicios de cuidado mental**

En los servicios de cuidado mental, las remisiones, progresiones y curaciones, no siempre están a la orden del día. Las modalidades de simbolización requeridas son diferentes. Aquí estamos frente a la necesidad de una retoma elaborativa. El trabajo de pensamiento aparece entonces como central: a partir de una actualización de los afectos que invaden a los “profesionales”, se trata de una puesta en representación a partir de una resonancia grupal, de un paso por el cuerpo del grupo. El proceso elaborativo solo opera si logra anudar afecto y



sentido. Los dispositivos de análisis de la práctica constituyen el arquetipo de ese proceso transformacional.

### Los servicios somato- psíquicos

Existen también servicios donde se agrupan los cuidados somáticos, los acompañamientos educativos y la carga psicológica, y donde el acento preferencial en uno u otro de los polos (somático o psíquico) se debe a la vez a los “usuarios” y a sus síntomas, pero también a la historia de la institución y a la ilusión que ha sostenido la fundación (y las refundaciones sucesivas). En estas configuraciones plurales, los movimientos de exportación de la violencia mortífera son plurales y, por lo tanto, algunas veces difíciles. En los momentos de tensión, donde el antagonismo se da primero, a falta de encontrar una vía grupal de elaboración, tienden a alojarse en las interfases en los diferentes sub-grupos profesionales (Pinel, 1996, 2001).

En estos servicios, la focalización del trabajo, el alimento narcisista del grupo, fluctúa entre el registro de la focalización en el cuerpo somático (su bienestar) y el de la “descontaminación” psíquica (Fustier, 1999).

### “Banal” situación de análisis de la práctica

Cualquier situación banal de análisis de la práctica (supervisión) nos puede permitir ver cómo se operan estos movimientos. He elegido conducirlos a un Centro de Acción Médico-Social Precoz (CAMSP). Nos encontramos ahí en presencia de un equipo pluridisciplinario compuesto por un pediatra, ortofonistas, asistentes sociales, fisioterapeutas, reeducadores en psicomotricidad, educadores, psicólogos, psiquiatras, etcétera. Este equipo (de casi veinte personas) consciente de los múltiples puntos de vista y de los diferentes ejes de trabajo que lo componen, se ha dotado de un espacio de análisis de la práctica, asegurándose durante un encuentro “preliminar” que los registros somáticos y psíquicos puedan ser comprendidos y tomados en cuenta.

Cierto día un joven fisioterapeuta propone analizar una situación que testimonia ser de malestar. Hay que señalar que es la primera vez que este hombre manifiesta el deseo de hablar *de una toma en cargo*, de una responsabilidad. En esta época, su práctica se comparte entre su actividad en esta institución y una práctica liberal que inicia hace un tiempo. En el marco de su actividad liberal, ejerce en el seno de una familia igualmente tomada a cargo en el marco del CAMSP, y es de esta familia y de este niño del que va a hablar.

Se trata de un niño de 4 años cuyo diagnóstico (no establecido de manera firme) deja presagiar una enfermedad degenerativa. Este fisioterapeuta en su práctica liberal por un lado y otros profesionales a través de los diferentes cuidados en el CAMSP de otro lado, se encontraban frente a vivencias de intrusión, suscitando la puesta a distancia y el rechazo del padre. Diferentes profesionales dirán tener muchas dificultades con ese hombre. Así, durante un fin de semana, en el marco de su profesión de policía, irá a tocar al domicilio del fisioterapeuta, anunciando cándidamente encontrarse por ahí en el barrio donde vive el profesional, viniéndolo a saludar.

Frente a esta amenaza de un vínculo intrusivo montado en *collage*, el fisioterapeuta pedirá ayuda al grupo, para tratar de salirse de ese vínculo y de restaurar una posición profesional maltratada por los movimientos psíquicos de ese padre prisionero de sus angustias de filiación.

A través de su palabra en el grupo, ese profesional acepta testimoniar el caos de sus vivencias y de su incapacidad a enfrentarse solo al comportamiento de ese padre. En el pedido a sus colegas se trata de verificar que la instancia grupal es capaz de soportar las actuaciones de esta familia, que puede tolerar la desligazón mortífera de la cual la familia es prisionera y que despliega en su vínculo con la institución de cuidado y sobre los profesionales que en ella se encuentran. Se trata de verificar que el colectivo resiste frente a la amenaza de disolución de los puntos de referencia que sumergen al fisioterapeuta; que a partir de este punto de resistencia, puede continuar a “prestarse” a la familia, en los límites de las tareas que le son dadas.

Para indicar el movimiento de desconfianza y el rechazo latente de esta familia, de las cuales algunos miembros del grupo hablarán, mencionaremos que ese padre llamaba sistemáticamente al centro después del deceso de su esposa, asegurándose de lo que habría sido dicho a esta última en relación al diagnóstico y la evolución de su hijo. El clima grupal se teñía entonces de desconfianza; toda palabra enunciada en el marco de los encuentros con la madre en relación con la enfermedad y de las angustias inherentes a la situación, eran objeto de control por el padre, destruyendo así toda potencialidad de encuentro con el equipo de cuidado.

En la familia, esas angustias se traducían del lado del padre por un “collage” con su hijo, y del lado de la madre, por una sed infinita de saber, lo que daba lugar a incesantes búsquedas vía Internet sobre los supuestos diagnósticos. Sólo de manera incidental, durante la sesión de análisis de la práctica, se pudo hablar de otros dos niños, ya que el caso de esta familia captaba toda la atención.

En un servicio así, la violencia mortífera con la cual los profesionales deben trabajar de manera habitual, concierne al rechazo de la minusvalía por los padres, y toma como objetivo a la institución como instancia social—institución de la cual exigen reparación. Las prácticas profesionales del CAMSP marcadas de manera importante por la primacía de lo somático, de la lucha contra la dependencia, son así infiltradas por los fantasmas inherentes a la llegada de un niño minusválido: fantasmas asesinos de filiación.

En el momento de la toma en cargo, y del acompañamiento de ese niño y de su familia, el grupo de profesionales se encuentra en dificultad de establecer un proyecto de ayuda que permita pacificar la angustia.

La perspectiva del seguimiento era entonces la del acompañamiento del niño y de su familia en la pérdida progresiva de las diferentes adquisiciones motoras; el niño tendía a volverse cada vez más dependiente en su cuerpo, al contrario de la lógica de crecimiento y de la progresiva autonomía que todo padre desea para su hijo (Ciccone, 1999). Dentro de tal proceso mórbido, las angustias de castración y de fragmentación están solicitadas masivamente.

### La tolerancia a lo femenino

A través de esta situación banal de la cual recalco que constituye lo cotidiano de este tipo de institución, vemos como la parte transformacional está ligada a la capacidad del grupo profesional para “*admitir fuertes cantidades de excitación no ligadas*” (Schaeffer, 2005, p. 96). Al ponerse en posición de “sufrir”—la polisemia de la palabra es bienvenida—tales cantidades de excitación donde el odio y la destructividad se despliegan, los profesionales manejan su potencial de sanación. Se encuentran así en la necesidad de crear y de hacer vivir los dispositivos que permitan consentir ese movimiento y de salir de él narcisísticamente regenerados, por el poder transformacional que deriva del usuario (a pesar de que se trate de cambios ínfimos, en el caso de los más patológicos). En las situaciones en las cuales ese movimiento transformacional no salga del orden de la evidencia (así como el caso del niño con la enfermedad degenerativa) entonces el trabajo de puesta al día de los afectos, y el intento de puesta en sentido de la violencia sufrida, permiten aceptar los golpes.

*La tolerancia a lo femenino* permite así el encuentro. Se trata de esta *tolerancia*, de ese consentimiento a ser utilizado por el otro, a ser modificado por el otro; que permite que el esfuerzo y la investidura de los profesionales no sean desviadas del usuario, y rebajadas al servicio de los defensores del profesional o

de los profesionales. Tal posición de apertura no es más que potencial. Emerge si los profesionales logran establecerse en un narcisismo colectivo, conjugando así narcisismo y libido objetal, al mismo tiempo que el grupo interioriza lo colectivo como instancia (funcionando como marco interno); y de otro lado con la condición que individualmente cada uno tolere ser restaurado por el grupo a partir de los fracasos de las diferentes tomas en cargo. Sino, los profesionales se pierden a partir de una integridad imaginaria que convendrá preservar y defender frente a los múltiples *actings* destructivos que emanan de los “usuarios” y de sus familias, ahí donde se perfilan la represalia y la exclusión.

Para que el narcisismo individual, y la rivalidad fálica cedan temporalmente el lugar a la investidura del grupo profesional, cada uno debe experimentar la abstinencia en su grupo de pares [Gaillard, 2005] y en el vínculo jerárquico. Si el profesional acepta el riesgo de su puesta en vínculo con un usuario, va a encontrarse infaliblemente en posición de estar efractado, de ser maltratado y forzado, de “no saber cómo hacer”, etcétera. Ponerse en tal posición de debilidad, aceptar ser fragilizado bajo la mirada del otro, supone verificar que esos otros (colegas y/o responsables jerárquicos), testigos de esas inevitables confusiones, no van a “aprovecharse” de esta posición de *pasivización* para poner en escena su propio brillo fálico. Es mejor esperar a que ellos mismos testimonien sobre sus afectos, sobre su “humana debilidad”, su capacidad de soportar estar al límite (lo experimentado en las “tomas en cargo” profesionales).

El narcisismo de cada uno de los profesionales se regenera en correlación con la tolerancia del grupo a escuchar las dificultades de cada uno, en la relación singular que lo vincula a los “usuarios”. Esta transformación (potencial) de vínculos que sufren, se opera entonces también en “beneficio” del usuario, como manera de hacer pacto con “el ideal” del grupo y con el discurso del cual se apoya. Escuchado en sus angustias devoradoras, el usuario es entonces (potencialmente) capaz de salir de sus puntos de encierro y de investir el vínculo con la institución y con los profesionales de manera menos patógena.

Esta dinámica supone el establecimiento de una referencia común: es necesario que los profesionales promuevan la institución como instancia compartida. Esta “abstracción”, este punto común de pertenencia, puede desde ahí garantizarles de/ en sus diferencias, y establecerlos en una capacidad de vincularse confiados de la posible re-diferenciación. Este proceso supone además, la actualización de una polaridad *femenina*, en la cual el masoquismo puede desde ya actuarse de manera “suficientemente temperada”. Este masoquismo se refiere al masoquismo erótico original, y permite poder erotizar la subida de

tensión y del displacer-tensión y displacer que no cesan de existir en el vínculo con los “usuarios”. Este proceso supone experimentar igualmente un vínculo grupal que autoriza un reposo (suficientemente) confiable donde es posible “deshacerse”; un vínculo donde cada uno pueda actuar el caos de los afectos que lo maltratan (corporalmente y psíquicamente) y de buscar en grupo reconocimiento y transformación.

El círculo virtuoso se da a ese precio: “prestarse a la desligazón” en el vínculo con los “usuarios”, y poder (re) actualizar al interior del grupo de pares esas experiencias de desligazón mortífera de la cual han sido objeto. En un cambio de roles, a través de un actuar potencialmente destructor de la instancia grupal, se trata —para el profesional— de sentir la resistencia del grupo y la ausencia de represalia. El profesional debe ser capaz (frecuentemente) de experimentar que la destructividad del usuario, así como la destructividad del grupo y la suya propia, no ganan la batalla (por un tiempo). Es una abstinencia (suficiente) del grupo —bajo el modo de una tolerancia del grupo a ser maltratado por cada uno de sus miembros— lo que permite “fijar la violencia” en miras de transformarla.

El grupo encarna desde entonces para cada uno de los profesionales ese lugar de una posible restauración y se vuelve el objeto de un posible “vínculo”. Este encuentro potencializa la emergencia de *lo femenino* (de ligazón) y autoriza una suspensión (momentánea) de la primacía de lo fálico. Una ganancia narcisista se genera, entonces, a partir del placer de pensar, de compartir.

### Referencias bibliográficas

- Aulagnier, P. (1975). *La violence de l'interprétation. Du pictogramme à l'énoncé*. Paris: Puf.
- Assoun, P.L. (1991). *Freud, la psicosis y la institución, Malestar en la institución*. París: Anthropos.
- Bleger, J. (1979). Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. En: R. Kaës (dir.), *Crisis, ruptura y sobrepasamiento* (p. 255-274). París: Dunod.
- Bleger, J. (1987). El grupo como institución y el grupo en las instituciones. En: R. Kaës (dir.), *La institución y las instituciones* (p. 47-61). París: Dunod.
- Ciccone, A. (1999). *La transmisión psíquica inconsciente*. París: Dunod.
- Enriquez, E. (1987). El trabajo de la muerte en las instituciones. En: R. Kaës (dir.), *La institución y las instituciones* (p. 62-94). París: Dunod.
- Freud, S. (1909). Análisis de una fobia en un niño de 5 años. 1954, París: Puf.

- \_\_\_\_\_.(1912-1913). *Totem y tabú*. París: Gallimard. (1993).
- \_\_\_\_\_.(1920). Au delà du principe de plaisir. En: *Essais de psychanalyse* (p. 41-115). Paris: Payot. (1981).
- \_\_\_\_\_.(1924). *El problema económico en el masoquismo*. París: Puf. (1992).
- \_\_\_\_\_.(1933). *Nouvelles suite des leçons d'introduction à la psychanalyse*. Paris: Puf. (1995).
- Fustier, P. (1999). *El trabajo de equipo en institución*. París: Dunod.
- Gaillard, G. (2005). Appelés à investir, conviés à l'abstinence. L'intervention en analyse de pratique et "l'arrière-fond" institutionnel. En: *Connexions 2004/2* (n°82), p. 57-69.
- Gaillard, G., Pinel, J.P. & Diet, E. (2009). Autoréflexivité et conflictualité en les groupes institués. En: *Nouvelle revue de psychosociologie 2009/2* (n°8), p. 199-213.
- Girard, R. (1982). *Le Bouc Émissaire*. París: Grasset.
- Kaës, R. (1996). Souffrance et psychopathologie des liens institués, une introduction. En: R. Kaës (dir.), *Sufrimiento y psicopatología de los vínculos institucionales*. París: Dunod.
- \_\_\_\_\_.(1999). Una concepción psicoanalítica de la institución. *Revista de psicoterapia psicoanalítica de grupo, 1999.1* (n°32), p. 9-22.
- \_\_\_\_\_.(2009). *Las alianzas inconscientes*. París: Dunod.
- Pinel, J.P. (1996). La déliaison pathologique des liens institutionnels. En: R. Kaës (dir.), *Sufrimiento y psicopatología de los vínculos institucionales* (p. 48-79). París: Dunod.
- \_\_\_\_\_.(2001). Enseigner et éduquer en institution spécialisée, approche clinique des liens d'équipe. En: *Connexions 2001/1* (n°75), p. 141-152.
- Schaeffer, J. (1997). *Le refus du féminin*. Paris: Puf.
- \_\_\_\_\_.(2005). Quelle indifférence des sexes? En: J. André, C. Dejours & P. Denis, *Les sexes indifférents*, (p. 93-119). Paris: Puf.
- Zaltzman, N. (1998). *De la guérison psychanalytique*. Paris: Puf.

## Resumen

Los grupos profesionales que ejercen en el campo de la salud y/o del trabajo social, y los profesionales individualmente, necesitan sentirse creativos para poder estar en condiciones de permanecer vivos y para poder comprometerse en el cuidado y en el acompañamiento de las diferentes personas. Esas instituciones se encuentran bajo la primacía de *tánatos*. Los aspectos repetitivos vinculados al cuidado de los pacientes y/o de los usuarios son tolerados en la medida en que cada uno vive esta situación como participando en un trabajo de transformación (en acto y pensamiento), y así el grupo puede preservar el sentido.

Esto nos va a conducir a poner el acento específicamente en el narcisismo grupal (narcisismo indispensable al grupo y al sujeto). Para que ese narcisismo se haga “suficientemente temperado”, no hay otra vía que conectarse a una tarea primaria. Tal movimiento supone que el grupo (de los profesionales) se preste a la desligazón y tolere un lugar para lo *femenino*, accediendo al placer de obrar juntos y/o pensar juntos.

**Palabras Clave:** creatividad, femenino, grupo, institución, investidura, narcisismo, simbolización, tánatos

### **Abstract**

Both teams and individual professionals in the fields of care and social work need to feel creative to be able to stay “alive” and engage in care and support for the different users. As those institutions place themselves under the primate of *Thanatos*, repetitive aspects linked to care practices for patients and/or users are tolerated as long as everyone sees themselves as full members of a transformation work (in act and thought), and as long as the group can preserve its meaning. This leads us to look at group narcissism (which is as indispensable to the group as it is for any individual). For this narcissism to be soothed “enough”, there can be no other way but to attach it to a primary task. Such a movement, however, requires the group of professionals to act towards deliaison, and, reaching the fulfilment of acting together and/or thinking together, tolerate a place for a *feminine* of liaison.

**Keywords:** creativity, feminine, group, institution, investment, narcissism, symbolization, Thanatos